

SEXTO TRIMESTRE.

23 de octubre 1838.

CAPILLADA 85.

(33 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit non videri nos
ludere ad gana-pierdem, ana-
thema sit.*

Si alguno dijere que no pa-
rece que estamos jugando al ga-
na-pierde, le circuncido como á
un judío.

CONC. 3. GERUND. CAN. 7.

EL JUEGO DE DAMAS.

Pues como digo de mi cuento, estos eran una señora y un caballero que jugaban á las damas en un tablero muy ancho y muy hermoso. La señora se llamaba *Doña Liberáta* y el caballero *Don Absolúcio*. Este empezó á jugar con muy pocos peones, y la señora con to-

dos doce. El hombre pensó que por ser señora la iba á ganar así que se pusiera: pero sucedió todo al revés. Como Doña Liberata tenía peones de sobra, sin necesidad de desencastillar le iba comiendo al contrario todos los que quería, hacía dama cuando se le antojaba y le ganaba todos los juegos hasta con gorrinos. Pero otro que se decía amigo de la señora y se llamaba *D. Francolin*, que vivía pared en medio de su casa y la hacía constantemente la tertulia, se tomó la oficiosidad de dirigirla el juego; aparentando hacerla con eso un obsequio distinguido. Galanterías que al principio suelen mirarse como simples finezas ó consideraciones al sexo y á la vecindad, y después se descubre que llevan un fin siniestro y torcido.

Viendo pues *D. Francolin* que la señora se llevaba los juegos de calles, la decía: señora, el ganar así sin competencia no tiene chiste: deje vd. á *D. Absolúcio* que juegue con mas peones, y puesto que vd. tiene seguro el juego, le ganará vd. con mas gloria.—Pero si no los tiene, le decía Doña Liberata, ¿qué adelanto yo con dejarle?—Vd. déjele, señora, que él les buscará, porque está emperrado en el juego, y á trueque de disputárselas á vd. él se ingeniará para encontrarlos.

En efecto, no tardó D. Absolúcio en convidar á jugar con mas peones. Pero en este segundo juego vino á sucederle lo que en el primero, si bien con algun mas trabajo por parte de Doña Liberata, porque al fin siempre tenia que comer mas, y ya la costó tambien perder algunos tantos. «Lo vé vd., señora? la decia Don Francolin: siempre que vd. quiera le gana. Ahora la ha comido á vd. algunos peones, pero eso no vale un bledo. Yo estoy en que puede vd. regalarle tantos, y todavia el juego es nuestro. Si yo fuera que vd. le iria dejando hasta que una vez se hiciese el juego tablas.—Y si acaso despues me gana?—No lo crea vd., señora: y sobre todo, en un caso de apuro aqui estoy yo.—Asi fue que á pocas noches se presentó D. Absolúcio con una porcion de peones mas; como que de casa del mismo D. Francolin recogió algunos, que él le franqueó de buena gana, ó á lo menos hizo la vista gorda para que los cogiera como que no lo veia. Y no fué esto solo, sino que habiendo empezado otro juego, ya uno y otro se comian peones, en términos que D.^a Liberata tuvo que ir abanzando los de la última línea, y D. Absolúcio fue haciendo damas, con las cuales andaba arriba y abajo, y habia ocasion que se comia

:

tres ó cuatro peones á un tiempo. Y si D. Francolin veia que Doña Liberata tenia que comer, en vez de avisarla dejaba á D. Absolúcio que la soplára una dama ó un peon, y si ella manifestaba sentirlo, la decia, «no tenga vd. cuidado, que no pasa el juego de tablas.» Asi sucedió que el juego se hizo tablas. D. Absolúcio se paseaba con una dama por la calle del medio, y aunque podía haberle hecho la forzosa, ó como suele decirse, *la pata de la gallina*, no quiso, porque decia que todavia no era la ocasion de ganarle. Y entre tanto las damas y peones que le habian comido á la señora, comidos se quedaron.

Todavía D. Francolin le dijo á la señora: deje vd. que aun hemos de hacer mas: otra noche ha de llevar vd. tantos nuevos, y ha de jugar al gana-pierde; y cuando D. Absolúcio crea que ya el juego es suyo, entro yo y verá vd. como en un instante le como cuantos peones tenga. Y volvieron á jugar otra noche, y en efecto parecia que Doña Liberata, creyendo de buena fé las palabras de su director, y suponiéndole tan buen jugador como él ostentaba serlo, parecia que jugaba al gana-pierde, porque ademas de no comer cuando debia y dejar al contrario que soplára, no

parecía sino que de intento le daba á comer, y el juego iba por la posta.

En este estado se presentó en la tertulia un amigo de Doña Liberata, que llamaban Fray Gerundio, y habiendo observado por algunas jugadas el giro que llevaba el juego, no pudo menos de decir: señora, vd. se pierde: si está vd. dando de comer á D. Absolucio esa dama, cuando podia vd. haberle comido á él con ella dos de las suyas.—Déjela vd., le dijo entonces D. Francolin á Fr. Gerundio al oído; la he dicho que juegue al gana-pierde para entrar yo despnes á jugar con ese majo, y ponerle la ceniza.—Pero Fr. Gerundio que nunca se ha fiado de directores Francolines, no se andubo en chiquillas y la volvió á decir á la señora: no se fie vd. de estos directores, señora, porque el resultado será dejarla á vd. plantada. Y sobre todo, si vd. puede ganar á ese hombre por sí misma, ¿por qué no ha de ser de vd. la gloria, y no suya, caso de que él despues *quiera y pueda* ganar, que yo no lo creo asi? Y en este estado dejó Fr. Gerundio el juego, sin saber si seguirá Doña Liberata su consejo, ó continuará el *gana-pierde*.

MADRID DESDE LAS ONCE DE LA NOCHE.

«Oid, señor, mi voz; decia muchas veces el santo profeta David: percibid con vuestros oídos las palabras de mi boca.» Y Fr. Gerundio le dice: «ó quitadme, Señor, estas robustas narices que me habeis dado, ó haced que no huelan desde las once de la noche mientras esté en Madrid.» Y convirtiéndose despues Fr. Gerundio á sus hermanos de las provincias, les dice: *Filioli mei*, hijos de mi vida, si acaso pensais alguna vez venir á Madrid, y es cosa que por gusto ó por necesidad habeis de estar fuera de vuestra casa despues de las once de la noche, no vengais; os digo por vuestro bien que no vengais. A lo menos suspendedlo hasta ver si de resultas de esta capillada estas autoridades, que dicen que son muy celosas, pero que deben ser tambien absolutamente inodóras, disponen que los carros de la inmundicia no empiecen su curso, ni aun se abra la matrícula de los pozos siquiera hasta la una ó las dos de la noche; porque habeis de saber, hijos de mi corazon, que las once de la noche en Madrid son como en otras partes las seis de la tarde, porque la gente de la corte es muy nocturna.

Y aunque os diga yo algun dia que ya alguno de los alcaldes ha dado órden ó publicado bando para que esta inmunda é intolerable operacion se haga á la hora que dice Fr. Gerundio ó mas tarde, no hagais caso, no vengais todavia: porque tambien estos alcaldes saben echar bandos y no hacer que se cumplan, como ha sucedido con el de los coches, que aunque han mandado y conminado con multa que no vayan á galope por las calles, siguen atropellando lo que cogen por delante y el que caiga, caiga; y con algun otro que no hay necesidad de citaros. Asi pues, no vengais hasta que Fr. Gerundio os diga: ya podeis venir. Porque no podeis figuraros lo que es esta maldita operacion nocturnaria. Si la materia no fuera tan resvaladiza, yo os contaria escenas curiosas que pasan con este motivo, pero es asunto, hermanos mios, que no puede tocarse sino muy de paso. Yo quedo molestando á Dios con esta oracion: «ó tocad, señor, el corazon de este ayuntamiento para que varie la hora de la limpieza, ó quitadme estas robustas narices que me habeis dado, ó haced que no huelan desde las once de la noche, mientras esté en Madrid.»

Á MUÑAGORRI.

Hermano, ó atrás ó adelante, porque ese paso no me gusta. Tiempo va ya que tiene aquí mi Paternidad muy Reverenda cartas de quienes de cerca te están observando, en que no me dan grandes esperanzas de tus proyectos, planes y programa (que programa habia de ser él para que diese de sí cosa de provecho). Esos anuncios y la proclama del otro dia me hacen sospechar que no te has de tragar la osa. Luego que la ví, dije: ¿programa y proclamitas tenemos? A Dios: este es como los nuestros: el diablo que cosa buena ha de hacer, por que tambien parece que se le vá la fuerza por la boca.

Con que mira; si has de hacer algo, despáchanos pronto, hermano, porque sino tampoco te faltarán capilladas; y mira que para esto no valen *fueros*.—Suplico á los Sres. suscritores de Bayona hagan por que el hermano Muñagorri lea este articulito.

Á ZURBANO.

Sensible me es, hermano Martin, que te

hayan precisado á tomar la pluma para vindicarte de las imputaciones con que un malandrín *alavés* ha querido denigrar tus fechos de armas; porque así debe sentar á un guerrero como tú empuñar la péñola para defender su conducta sobre la blanca esplanada de una hoja de papíro por medio de los signos que inventó un cierto Cadmo (de quien acaso tú no tendrás noticia, porque no figuró en esta guerra fratricida) como me sentaria á mi, siendo un Padre Reverendo, soltar la pluma con que gerúndio para ceñirme la tizona que debe pesar sobre tus ingles y salir á las riberas de Alava á tajar facciosos como quien troncha nabos. Pero ya me figuro yo que dirás tú al leer estas frases gerundianas «¿qué diablos quiere decir ese frailote con estas retóricas ó estas polainas?» Y acaso acompañarás la pregunta con alguna interjeccion de las que acostumbrais á usar los militares, cuya principal letra es la *jota*, ú otra que no usan los franceses ni los italianos en sus diccionarios, y es la decima-septima de nuestro alfabeto. Pero voy á esplicarme sin ambáges, circunloquios ni perífrasis, que ni á tí te gustarán ni á mí tampoco.

Digo pues, hermano Martin, que al paso que le ha sido sensible á mi Paternidad muy reve-

réndale el que un oculto y cobarde alavés se haya atrevido á afeár tu arriesgada invasion en el pueblo enemigo de Guevara y el incendio de algunos edificios para destruir los almacenes y depósitos que en ellos tenia, operacion que ejecutaste safriendo la metralla del cañon rebelde y el fuego graueado de su fusilería, y que nadie sino tú se hubiera atrevido á ejecutar; y al paso que siento tambien que te distraigan de tus atrevidos y aterradores planes contra la faccion, para defenderte por escrito de malignas imputaciones, he visto con gusto como pones de vuelta y media al censor alavés en tu largo impreso del 6 del corriente. Y tambien me he alegrado saber que S. M. nuestra amada Reina, en cuyo favor empleas tú el chafarote y yo la capilla, te ha dado las gracias por tu entrada en Guevara y por lo demas que con tu acostumbrado valor en dicho pueblo hiciste.

Anda, bobo, no te dé cuidado por artículos comunicados censurando tus operaciones, que con tal que tengas el favor de S. M. para mantenerte en tu puesto, y el de Fr. Gerundio para encomiar tu intrepidez y la pujanza de tu brazo, todo lo demas no debe importarte un pito. Mucho tengo oido de tus valentías y tu

decision por la sagrada causa de la inocencia y de la libertad, y muchas veces he dicho: «este Zurbano es el Viriato de nuestros dias: el hermano Martin es el que lo entiende; como hay Dios vale un mundo ese hombre.» Yo no entiendo una jota del arte militar, ni de ejércitos, ni de operaciones de campaña, porque habiendo sido siempre un mero religioso, no tengo motivos para entender de cosas de guerra, asi como tú tampoco tienes una obligacion á saber de horas canónicas, de maitines, antífonas, invitatorios ni benedictus; pero oigo que matas facciosos con la misma facilidad que nosotros absolviamos penitentes en los confesonarios, y esto me basta para que te profese devocion mi capilla. Tambien me ha gustado mucho el final de tu impreso, en que dices «Zurbano será siempre un enemigo acérrimo de los facciosos, y mientras nuestra augusta Reina le sostenga en su posicion de dañar á los enemigos, y mientras haya aunque sea un solo rebelde que combatir, Zurbano no dejará su sable de la mano, porque no entiende de indirectas de carlistas, de pone todo amor propio, y no dará gusto á los facciosos disfrazados de abandonar su empresa á menos que su muerte ó la expresa voluntad de su augusta soberanase lo impidan.»

Debes tener buenos amigos en Vitoria, porque le han dicho varios á mi Paternidad que eres hombre de bien; yo me alegraré ver confirmados en todos tus hechos *estos informes*, porque la mayor de todas las recomendaciones para mí es la hombría de bien. Por lo mismo es preciso que para no desmentir á tus amigos te portes siempre como héroe y como caballero; sobre todo, que cuides mucho de la disciplina de los valientes que conduces; que no les perdones un exceso, fuera de aquellos que por desgracia son consiguientes é irremediables en la guerra. Ya he visto que fusilaste á un bravo soldado de caballería, porque robó 24 rs. á un cura de una aldea. Esto es sensible, pero es bien hecho. El robo es para mí el delito mas feo de todos; así es que en mis capilladas no le perdono nunca.

Sábetete que tengo un lego tan resuelto que casi podia servir para asistente tuyo. Se llama Tirabeque, y ahora se me ha armado de sable y de pistolas que parece un contrabandista, y se empeña en acompañar á su amo de noche armado de todas armas, por lo que pueda suceder, porque dice que así como D. Martin Zurbano tiene que ir siempre muy prevenido porque anda entre enemigos, así también su

amo Fr. Gerundio que gerundia á todos los que no andan derechos, podrá tener enemigos en la corte. No te digo mas, hermano Martin, sino que sigas repitiendo las fazañas que sabes hacer, y portándote como hombre de bien, será siempre tu amigo Fr. Gerundio.

—
EL GATO.
—

Miaú.... miaú.... miaúúúú.—Yo te compondré, pícaro.—*Miaú... Uf... úf...*—Ahora me las pagarás todas juntas: zás... zas...—*Miaú... miaú...*—Anda, bribon: ¿esas teníamos? No te dé cuidado, que te has de acordar de Fr. Pelegrin. ¿Para eso te dejaba yo la comida todos los dias, ademas de darte á lamer los platos, bribonazo?—*Miaúúúú... fúf... fúf...*—Sí, bufa, bufa, que yo te diré lo que hace al caso. Trás, trás...—*Miaú.... miaaaú....*—Suelta lo que has comido demás, bribon... prúm.. prú... ú, ú, ú, um.... Ay! ay!...—*Miaú.*—Prrúm.—Ay!

¿Qué es eso, muchacho? Tirabeque... ¿qué trapisonda es esa, hombre?—*Miaú.*—Ay! ay! —Muchacho, abre esa puerta: ¿qué diablos haces con ese gato?—Señor, quítese vd. de ahí, que vá á salir hecho un demonio.—¿Pero qué diablos haces, hombre? Abre esa puerta.

—Señor, retírese vd. que sinó le vá á poner á vd. como á mí.

En efecto me retiré, Yo Fr. Gerundio, porque sé á donde llega la fiereza de un gato encerrado y sofocado, pero sin saber la causa y origen del ruido y alborotina que entre él y Tirabeque habian armado. A muy poco de yo retirarme sentí abrir la puerta, y salir el gato resoplando como un tigre; y despues se me presentó Tirabeque hecho un *Ecce homo* echando sangre por rostro y manos, arañado y perdido que era una lástima mirarle.—Señor, mire vd. cómo me ha puesto ese pícaro; pero él buenos zurriagazos se ha mamado tambien.—Pero hombre, ¿tú estás loco? ¿Qué diablos te habia hecho el gato para tomar con él una providencia tan seria? ¿Tú sabes que no hay un enemigo mas temible que un gato encerrado?—Por lo mismo: Señor; por eso mismo que le oido á vd. decir que era el mas temible, ahora que supe que estaba encerrado en la carbonera, quise yo escarmentarle. Pero bien, ¿qué te ha hecho? ¿Te ha llevado la carne del puchero? — Señor, la pregunta es la que extraño, cuando vd. mismo me está diciendo todos los dias que el gato tiene la culpa de todo, como que estaba yo

deseando cogerle un día encerrado.—Yo? de qué ha de tener la culpa el gato?—Señor, si le pregunto á vd. qué se ha hecho de los bienes de nuestros conventos, me dice vd. que se los comió el gato: si le pregunto á vd. por la plata de las iglesias, se la comió el gato; los diezmos, se los comió el gato; las contribuciones, la mitad se la lleva el gato. Le pregunto á vd. por qué no adelantamos en la guerra, y me responde vd. que porque hay gato encerrado. Que por qué no obran á derechas los ministros, y me dice vd. que mientras haya gato encerrado no andarán mas derechos, ni ellos ni otros mejores que entren. Si le parece á vd., Señor, que tenia hechos pocos méritos el gato... Con que hoy que le sentí encerrado en la carbonera quise aprovechar la ocasion para zurrarle; y la verdad, señor, yo tiraba á matarle del todo.—Hombre, hombre, jamás creí que llegára tu necedad á ese extremo. Por un lado me haces reir, y por otro me dá compasion que seas tan mentecato y tan simple. ¿Tú no ves, lego inocentote y cándido, que cuando yo uso de la metáfora vulgar de que hay gato encerrado, no quiero significar un gato material como el que te ha arañado á tí, sino una mano oculta, un duende interesado en enredarnos, dividirnos y debilitarnos, para sacar despues partido á costa nuestra?—Pues bien, señor, haga vd. cuenta que lo que ha pasado hoy con el gato y conmigo, sucedió en metáfora, y el resultado será que lo primero que habia que hacer era hacernos fuertes contra el gato y escarmentarle aunque fuera á costa de algunos arañazos: porque, qué mas dá un gato

encerrado en metáfora, que un gato material encerrado en una carbonera?—Anda, anda, lávate esa cara y esas manos, y restañate esos arañazos, que me estás dando asco.—Señor, lo peor será que despues de salir yo arañado, no hayamos adelantado nada con el gato.

SOBRE EL NO SALUDO.

Tengo entendido que el sugeto de quien dije en mi capillada anterior que habia estrañado no correspondiese por dos veces á mis saludos, la última de ellas en la calle de Atocha, ha sentido vivamente lo que con ese motivo dije en el artículo pág. 94. Mas para su tranquilidad debo manifestarle que lejos de haber sido mi ánimo injuriarle en ningun concepto, aquello fue solo un desahogo del sentimiento de mi amistad que creia ofendida sin motivo: por lo que en lo sucesivo puede ó no corresponder á mis saludos, ó hacer lo que sobre el particular mas guste, seguro de que de ningun modo me daré por ofendido, asi como yo usaré con él de la misma libertad, puesto que realmente en materia de saludos no hay leyes que prescriban ninguna obligacion.

ERRATA.

En la portada de la capillada anterior, donde dice: CAPILLADA 87, léase CAPILLADA 84. A estos cajistas ya parece que se les hace tarde para que sean mas las capilladas que los higos.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.